
RENÉ VERGARA

la otra cara del
crimen

EL CASO DE ALICIA BON



ká.lei
editora

La otra cara del crimen
René Vergara

Primera edición: Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1970
© Editorial Francisco de Aguirre, 1970
© Kálei, editora, 2018

Edición a cargo de:

Alejandra Zúñiga C.

Ilustraciones de tapa:

Rodrigo Miranda G.

Diseño y diagramación:

Felipe Aichele M.

Presente edición: diciembre 2018

ISBN: 978-956-09248-0-3

kálei, editora
compañía 2870
santiago de chile
www.kalei.cl

Agradecemos a la familia Vergara Meersohn, a Gonzalo Miranda G. y a Ramón Díaz Eterovic por su imprescindible apoyo y colaboración.

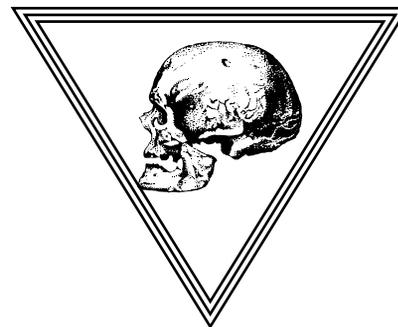
Impreso en Chile por **LOM**.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

RENÉ VERGARA

la otra cara del crimen

SERIE



CRIMINAL

kálei
editora

Su obra bebe influencias de algunos autores ingleses y norteamericanos, y también de exponentes de la generación de narradores chilenos del 38, como Juan Godoy, Nicomedes Guzmán o Sepúlveda Leyton. También se pueden establecer lazos entre su obra y la de algunos autores como Gómez Morel, Méndez Carrasco y Luis Cornejo. La investigación policial es la protagonista de sus obras, pero al mismo tiempo es un pretexto para recrear y reflexionar sobre el mundo construido en los márgenes citadinos y sobre la labor de los policías de carne y hueso. Vergara no olvida los años que vivió junto a su madre en los alrededores de la Vega Central o en el Barrio Franklin. Tampoco el tiempo que vivió en Buenos Aires y en los que, según la leyenda, trabajó como boxeador, levantador de pesas, vendedor de helados y escritor de tangos, entre otros oficios que le permitieron ganarse la vida. Como policía y escritor conoce el mundo que describe, y por eso lo hace con la autenticidad del que conoce lo que hay detrás del rostro de un delincuente. René Vergara es un pilar fundamental de la novela criminal chilena; un clásico que clamaba por un impulso editorial que reposicionara su obra para deleite de sus viejos y nuevos lectores.

Santiago, noviembre 2018.

El delito, ese desconocido

Por René Vergara

Un cuarto de siglo es una notable medida retrospectiva para hombres, instituciones y pueblos. La mayoría de los personajes de este drama todavía viven. ¿Qué pasó, verdaderamente, ese atardecer del 11 de junio de 1944, y en los afiebrados días siguientes? ¿Cuándo, en verdad, empezó el drama? ¿Qué ha pasado con esas vidas? ¿Es el delito solo una noticia impactante? ¿No tiene, como todo fenómeno sociobiológico, un principio y un fin naturales? ¿O es solamente, como lo vengo sosteniendo de por vida, un desconocido?

El delito, aunque se aferre comúnmente al singular, siempre se abre en una gama cercana a lo humano infinito; no sirven las definiciones conocidas para englobarlo porque siempre resultan insuficientes, ya que, únicamente, el efecto está en los códigos y sobre él se denuncia, pesquisa y condena, con una que otra extensión causativa sobre estados mentales o anímicos y los juegos de agravantes y eximentes de responsabilidad «penal».

El delito, social por antonomasia, tiene raíces muy hondas que lo enlazan, fundamentalmente, con herencia y medio en el disparejo mundo que habitamos. La individualidad es algo más que una solitaria voz-símbolo, y la convivencia –problema mayor de la especie humana por resumir, la eterna relación de individualidades diferenciadas al infinito–, una agrupación de fenómenos sociales dispares que se encuentra «normada» por concepciones éticas que se quedaron hace siglos al margen de la realidad social pero que subsisten por la fuerza de la ley que los gobernantes latinoamericanos no se atreven o no desean

cambiar o modificar, aunque el delito tienda, en su natural y libre crecimiento, a ahogarnos a todos.

El hombre inquieto, con sentido social, idealista, naturalmente equitativo, lo sabe de un modo incierto, lo presente y espera, repitiendo frases huecas, añejas, cada vez que tiene, de una u otra manera, que enfrentarlo. Espera por un milagro. Es una espera nerviosa, larga y cada vez más roja, escalofriante e inútil... Si recurre a los tratadistas, al texto explicativo, se encierra en un mundo «especializado» que vive divorciado de la realidad y que desde hace centurias no puede definirlo útilmente, abarcando sus causas para mejor conocerlo y, desde allí, tratar de inocuizarlo.

Hemos preferido este camino: mostrar casos, exhibir realidades, o lo que así nos ha parecido; abrir dramas aunque nos duela la recomprobación, porque creemos posible llegar a obtener una experiencia útil a todos por el camino de la casuística criminal y desde esta, ejerciendo una severa crítica sobre fenómenos sociales engarzados de innumerables e increíbles maneras, llegar, más o menos, a tener una idea de lo que es delito o los actos así denominados; por cierto, con el único fin de ayudar a su mejor comprensión, en beneficio del bien común.

El crimen de Alicia Bon



A Ana Dolores Llinás Domènech

La ciudad

Santiago es hoy una ciudad compuesta de pequeñas y grandes «ciudades». No siempre, por supuesto, fue así. Alguna vez, hace más de cuatrocientos años, los habitantes dependían de un solo centro. Los «centros» actuales, como casi todo lo humano, nacieron por la fuerza de la necesidad. Barrios como Providencia, Matadero, Macul, San Miguel, Conchalí, La Cisterna o Apoquindo así lo demuestran. Han ido «corriendo» lo rural hacia límites cada vez más lejanos, porque estos barrios también fueron rurales y de ello hace muy pocos años.

Creer es un proceso histórico común a ciudades como Buenos Aires, Caracas, Lima o Montevideo, que siguieron, casi en todo, el mismo camino que antes recorrieron Londres, París o Madrid. Donde mejor se aprecia este fenómeno es en Estados Unidos... Nadie puede saber dónde se establecerán los límites definitivos de una ciudad, porque nadie sabe dónde se detendrá el crecimiento de la población humana.

Buscar el límite entre lo urbano y lo rural de ayer puede resultar una empresa difícil: o se ha borrado o nada o nadie lo recuerda; sin embargo, tiene el histórico valor de estrato social. Primero fue el campo, lo rural, después vino lo que llamamos pueblo, ciudad. Algunas voces todavía se arrastran y significan algo o mucho: «campesinos». Eran los humanos de costumbres sencillas, los hombres de metas cortas sujetos a la tierra y a los cielos naturales. Hoy, cada pueblo tiende a ser ciudad y cada campesino un ciudadano.

El centro antiguo, el centro clásico, obligaba a la gente, que no era mucha, a vivir bajo su dependencia: lugar de trabajo, de compra, de asiento de gobierno, de entretenciones. Los nuevos medios de movilización y de comunicaciones permitieron el alejamiento progresivo de gran parte de la población, en especial de los grupos de mayores disponibilidades económicas, porque los de escasos recursos siempre han vivido, mayoritariamente, en las afueras de los centros poblados, en lo rural o casi rural.

Las zonas criminógenas de Santiago son precisamente el centro y los subcentros, en ellos ocurre el conflicto social por las notables diferencias económicas existentes, diferencias que se abren en una serie de aspectos básicos: educación, alimentación, familia organizada y desorganizada, vestuario, vivienda, estados de salud... Los grupos, en cierto modo, se diferencian cada día más y, hasta aquí, ha sido inútil el esfuerzo de la llamada clase media, que también ha sucumbido como consecuencia de una política fría, indiferente, que no le permite cumplir con su natural función de igualar los grupos opuestos. Por cierto, hay horas y días críticos: las de mayor movimiento y los de las grandes festividades o acontecimientos. Además, el delito ha llegado a agruparse por especializaciones. Centro de Santiago: estafas, falsificaciones, tráfico de drogas, grandes y pequeños robos, prostitución callejera y clandestina, pequeños hurtos, contrabando. El robo, propiamente tal, el robo también clásico, se ha establecido en el barrio alto. Las lesiones y los homicidios en riña en las grandes poblaciones vecinales.

Hace veinticinco años, cuando ocurrió el crimen, Pedreros era lo rural auténtico y correspondió, delictualmente, a las leyes criminógenas: asalto a pareja. No fue el primero ni el último. Hoy el asalto ha llegado a los centros y subcentros, pero es un asalto sin apellido, producto exclusivo de la crisis económica

que reina en el país y que seguirá aumentando en la misma medida en que la sobrevivencia del grupo económicamente más débil sea más difícil. El asalto a parejas sigue siendo un delito íntimamente relacionado con lo rural, o más o menos rural: Las Condes, Apoquindo, La Reina, Lo Curro, San Cristóbal. La «distracción» de la pareja, casi inconsciencia, sigue siendo extraordinaria: el humano no puede, al parecer, controlar algunos actos o, al menos, postergarlos. El instinto sigue imperando. Por cierto –hay consenso general–, los ciudadanos no pueden vivir acomodando el «amor» al temor, pero a pesar del «consenso», el asalto sigue siendo una feroz realidad.

La observación directa es también un buen atractivo de doble acción: dinero y sexo. Los asaltantes son generalmente jóvenes y no todos tienen oficio delictual, muchos empezaron observando y excitándose. Nadie puede negar que existe un claro exhibicionismo, como incentivo mayor, de parte de la pareja. Además, todo hombre sabe que en tales circunstancias todo es más fácil. También lo saben algunas mujeres. A nadie parece interesarle lo que ocurre o puede ocurrir en los alrededores. Ninguno de los grupos puede reflexionar y la doble chispa se enciende, a veces con fatales o desgraciadas consecuencias.

Ocurridos los hechos el hombre debe preocuparse de su acompañante y, al temor por ella, se agrega el propio temor y el temor común por el escándalo en la ciudad, actitudes que son aprovechadas por los delincuentes profesionales que, además, siempre esperan por el momento oportuno. Si las autoridades extendieran sus servicios policiales a lo rural, las parejas seguirían buscando otros lugares. Lo grave es que no todas las parejas van en busca de lo mismo, tal es el caso de este crimen...

La cita

El mes de junio es frío en la capital de Chile. Un estrecho traje sastre de terciopelo color marrón se dejaba ver a través del amplio y abierto abrigo azul. Llevaba la negra cartera sobre el hombro y su andar, más o menos apresurado, iba delatando, así como su cuidadoso atuendo y rostro, la cita a la que se dirigía. Hay en esto de saber hacia dónde se dirige una bella joven cierto arte ciudadano. Es un ir juntando trozos de recuerdos de otras citas, un ir tejiendo personales y ajenas experiencias. Es una especie de armonioso conjunto donde resalta la alegría de vivir y cierta distracción al desgaire, amanerada, dentro de una marcha sin extremos, casi una exhibición uniforme, general, como si algunas jóvenes supieran lo que hacen: comunicar el agradable secreto a los observadores.

Ella no era «clásicamente» elegante, sin embargo, suele suceder que a los diecisiete años casi ninguna mujer necesita serlo, pasado los treinta se justifica llamar la atención de alguna manera... Un metro y 68 centímetros, 52 kilos de peso bien repartidos y una bella cara siempre hacen el mismo milagro: se veía hermosísima, y no era solamente el rostro, los movimientos del cuerpo también ayudaban a concluir que iba feliz, abierta al escaso sol poniente, alegre y cambiando sueño y marcha. Sus cortos pasos, más que llevarla, la encumbraban. Venía desde un hogar modesto ubicado en el corazón del barrio Matadero, en calle Franklin, y en casa había dejado a toda su familia: madre y una hermana menor. Alicia era huérfana.

Domingo, tarde de domingo. Había dicho a los suyos que iba al cine a ver y oír *Loco por ellas*. Subió al microbus Matarero-Palma y, aun en medio de la gente apretujada, seguía dando la sensación de ir sola: la aislaba el amor. Descendió en avenida Matta con Arturo Prat, en la esquina de la botica, frente a la iglesia de San Rafael. Hasta allí llegaba por el lado norte su barrio, que también entrega doncellas a la voracidad de los hombres de la enorme ciudad. En esa esquina subiría a otro vehículo, también público, para que la llevara hacia el oriente, a los brazos de un profesional joven. También iba al encuentro de un disparo que le daría pasaporte a la muerte...

Descendió en calle Portugal y caminó hacia avenida Diez de Julio. Desde lejos vio el Chevrolet plomo que ya conocía y, más cerca, vio también al albo gallardete de la Escuela de Medicina y un rostro de hombre que le era particularmente agradable. Ver a una persona con alguna frecuencia indica, casi en todos los casos, cierta afinidad, sobre todo si se trata de parejas. Y es cuestión de tiempo y oportunidad para que la afinidad cambie de nombre. Con asedio franco y mucho tacto aquel individuo había logrado conocerla, preocuparla, entusiasmarla. Así lo creía, pero diecisiete años no es una edad para entender bien la extraña mezcla de sensaciones que la sacudían. Aquello también podía ser calificado de atracción deslumbrante, casi irresistible. Alicia Bon Guzmán terminaba en ese vehículo, junto a ese hombre, parte de su inexorable destino. El gran barajador de vidas y circunstancias jugaba sus cartas con la misma imperturbabilidad de siempre. Nadie puede enganchar un sombrero de luto en el aire, nos movemos dentro de lo desconocido, creemos saberlo todo, sin pasar de ser autómatas ilusos, pequeñas y débiles marionetas encaprichadas y con mucho de soberbia, en especial cuando jugamos a lo que llamamos «amor».

El médico venía del barrio alto. Santiago, al empezar a extenderse, se fue hacia la cordillera y desde allí bajan, junto al río, las vías principales, los vehículos de lujo y los caballeros... A pesar del entrado y frío otoño vestía deportivamente. Era un hombre de treinta y un años, soñador, atormentado e idealista. Descendió de su automóvil y le tendió las manos. Alicia corrió a su encuentro. Aquello era, indudablemente, una cita limpia, una escena de amor que correspondía a los primeros encuentros. Amor casi furtivo, amor al azar, porque aún la sociedad chilena no había perdido del todo sus costumbres españolas, sus anacronismos ético sociales.

–Estás muy elegante, Alicia. Bien harías en quitarte el abrigo. De regreso, cuando en verdad haga frío, yo mismo te ayudaré a colocártelo.

–Tienes razón, Guy. Tú siempre previéndolo todo...

–Es que hay que enseñar a los jóvenes. Yo, a tu lado, solo estoy pareciendo un viejo maestro, ¿no es así?

–Todo depende del ramo y de la alumna. Viejo no, eres un hombre maduro, pero joven.

En las huérfanas de padre aparecen síntomas que casi forman un síndrome: atracción por los hombres adultos. ¿Será el instinto buscando la seguridad o es el reemplazo?

–A propósito de maestro, ¿cómo van las clases?

–No adelanto mucho. Algunos ramos me gustan, otros no. Como tu apellido es francés me estoy interesando en ese idioma. Leí en alguna parte que unos corredores de automóviles, los hermanos Pelissier, fueron famosos.

–Puede ser, no tenía la menor idea. A mí también me gusta correr. Debe ser por lo mismo, los Pelissier no somos muchos, debe tratarse de una misma familia.

Pelissier había hundido el pie en el acelerador y así corrió algunas cuadras, después volvió a la velocidad normal. La mente suele jugar bromas muy extrañas cuando el instinto sexual la domina. No era afortunadamente el caso, no obstante, el halago había tocado ciertas fibras del ego. El automóvil siguió rumbo al barrio alto, hacia la cordillera.

—¿Es esa estrella la de los bomberos? Alicia se refería a un banderín de color rojo que ostentaba en el centro de la blanca estrella de la Primera Compañía de Bomberos de Santiago.

—Sí, soy voluntario. Uno debe servir a sus semejantes de alguna manera y, como el fuego es un tanto traidor, me preocupo ocasionalmente de los heridos. Tú sabes, primeros auxilios y esas cosas... Ese traje sastre te cae muy bien.

—Sí y es el único que aún no se ha puesto mi hermanita Chela. Parece que desea ser mujer antes de tiempo...

El conductor, al llegar a la avenida Macul con Irrarázabal, siguió hacia el sur. Por allí el paisaje es más amplio, hay aún mayor soledad y veinte tonos del verde entre árboles y plantas, entre césped y anhelos. En el camino de Pedreros, que une Macul con San Miguel, el automóvil giró hacia el poniente.

—No me hagas reír, tampoco eres una mujer. No pasas de ser una niña grande.

—No estés muy seguro. Ya cumplí los diecisiete años y todos los hombres me miran, y no solamente a la cara. Algunos hasta me han piropeado.

«Mariposa extendiendo las alas. Pichón de paloma estirando las plumas para entibiar el arrullo azul del aire».

Pelissier calló. Alicia era una mujer de belleza extraordinaria y muy bien formada, capaz de perturbar seriamente a cualquier

hombre, por eso la había buscado, cercado y deslumbrado con su profesión y vehículo, pero quería saber qué más había allí, qué ocultaban esas formas perfectas, qué había detrás de ese perfil mareador, en el fondo de esos ojos negros. El resultado de sus observaciones era muy favorable para la joven. Soltero serio, Pelissier buscaba una esposa, que bien podía ser esa niña que llevaba a su lado. Terminó sus cavilaciones diciendo:

—Por este camino, que no conozco, veremos el atardecer. En un rato más oscurecerá. ¿Te parece?

—Sí. Será la primera vez que vea ponerse el sol... al lado de un hombre que me gusta.

Alicia sonreía y era cierto lo que había dicho. Pelissier también sabía que ella no había visto atardecer desde ninguna parte y con ninguna compañía, simplemente porque no tenía edad para gozar de la belleza que tiene el final del día.

—Lo decía porque el espectáculo suele ser maravilloso y mientras lo apreciamos podemos hablar de otras cosas, por ejemplo, de la voz autodeterminación. Habíamos quedado la última vez que era el derecho de todo pueblo o grupo étnico a formar un estado o, por lo menos, a gozar de cierta autonomía...

Aquella tarde, el sol en su ocaso estaba usando plisados de arboles azules y rojos. Las nubes parecían rituarías del amor, desplazándose desde la luz a la sombra tenue. Las manos se entrelazaron junto a los ensueños. ¿Cómo podrían haber dejado de hacerlo? Las sombras de los árboles cercanos, eucaliptus, empezaron a alargarse hacia el alto infinito. Se las veía crecer. Aquella pareja no lograba enclavarse en aquel paisaje de media tinta, no lograba cerrarse. Él no iba a soltar amarras y seguiría sosteniendo el dominio de la razón sobre el instinto. ¿Hasta cuándo?

Los ruidos, a pesar de los vidrios cerrados, empezaban a concretarse y el doctor Pelissier acarició la idea del regreso. Los arreboles estaban cambiando los tonos rosados por violetas, se veía, a través del parabrisas, el baile leve de las hojas de los árboles. El camino de tierra y piedras, de allí su nombre, angostaba como formando un estrecho túnel. Aumentaba el ruido exterior y aumentaba el silencio interior. Las palpitaciones de la pareja se estaban acelerando demasiado. La joven, tensa por la creciente cercanía del otro sexo, por su amor que creía naciente y por la soledad de la casi noche; el hombre, por su responsabilidad aprendida, por la inseguridad que nacía del temor por ella, del afecto que ya sentía. Una lucha que tendía a prolongarse. Pelissier encendió un cigarrillo y bajó el pequeño vidrio de la ventanilla.

El clic vino sordo y nítido para él, que había afinado los oídos en el silencio, en el eterno recogerse del vivir alerta. Era inconfundible el ruido del metal: alguien había accionado un mecanismo, alguien estaba allí, agazapado entre las zarzamoras, a la espera de víctimas propicias. Hasta creyó ver un sombrero entre las sombras. Tomó a su compañera y la escondió cerca de sus piernas. Alicia nada dijo, ni siquiera se sobresaltó, casi lo esperaba: estaba en otro mundo, tenía otras razones.

No vio salir ni venir el fogonazo, estaba preocupado de su compañera. Miró hacia afuera después de recibir el impacto en pleno pecho. Sacó su pistola y disparó una y otra vez en dirección al ruido, en dirección a una sombra que vio moverse y que ahora le parecía que estaba en el centro del camino. La pistola se atascó. La sombra huyó por entre los árboles. Herido, bajó del vehículo e intentó una persecución que sería peligrosa, temeraria. Prefirió regresar al automóvil a calmar a su compañera. Estaba desesperado por su impotencia ante el

crimen insólito. Entonces comprobó que su dulce amiga estaba herida, mal herida. La bajó del vehículo y gritó por auxilio. Gritó en la noche su temor de hombre que había sido cazado, como una alimaña, en un camino vecinal de su propia patria.

